

A PROPOSITO DE LOS "PUEBLOS PESTALOZZI"

La idea de fundar pueblos equipados especialmente con todo lo que un niño victima de la guerra necesita para recuperar la salud del cuerpo y del alma, para orientarse en la vida y dar en ella, bajo una dirección perspicaz y amiga, sus primeros pasos en la profesión para la que le han descubierto mayores aptitudes—esa hermosa idea de los «Pueblos Pestalozzi»—, ha tenido en varios países una acogida realmente emocionante. El primero de esos pueblos, construido en Suiza, en Trogen, en respuesta a la generosa iniciativa del señor Walter Corti, tiene émulos en Italia, en Alemania y en otros sitios más, tanto que ya ha sido posible constituir una Asociación Internacional de los «Pueblos Pestalozzi».

Y, a pesar de ello, nos dicen que el nombre de esas realizaciones no se comprende tan bien como su finalidad. Hay hombres y mujeres que, orientados hacia el porvenir más bien que hacia el pasado, se preguntan quién era, en realidad, ese Pestalozzi bajo cuyo patronato colocan los suizos tantas cosas buenas (bibliotecas, almanaques y cien más) y qué es lo que le vale el honor de dar su nombre a esa hermosa obra. Veamos si podemos explicarlo.

Para nosotros, Pestalozzi encarna y resume Suiza en lo que tiene de mejor. Los sitios donde vivió son para nosotros tierra sagrada; su «Neuhof» fué adquirido, en 1909, con el producto de una suscripción en la que se interesaron todos nuestros maestros y todos nuestros escolares. El «Neuhof», lo mismo que el Grütli, la pradera donde se prestó el primer juramento confederal, es propiedad de la nación.

¿De dónde viene esa devoción extraordinaria de los suizos a ese hombre y a esos lugares? No es nada fácil decirlo, porque en vida de Pestalozzi el Neuhof fué más bien testigo de sus fracasos. Llegó allí en 1769, a la edad de veintidós años, para emprender la profesión de labrador, que fué para él una larga serie de disgustos; en 1774 comenzó a acoger allí a unos niños

para cuidarse de su educación, y éso fué ocasión de un nuevo fracaso. Volvió en 1824, cuando ya tenía setenta y ocho años después del derrumbamiento de su Instituto de Yverdon. Y de Neuhoof salió en trineo, dos años más tarde, en un día de nieve para ir a morir a Brugg, pequeña ciudad vecina.

Por lo demás, todos los lugares donde Pestalozzi residió fueron escenarios de sus fracasos. Después de su ciudad natal, Zurich, donde, por el apoyo que prestó durante sus estudios a un movimiento de ideas demasiado liberal, se había cerrado a sí mismo la entrada en todas las carreras civiles o eclesiásticas a que hubiera podido pretender; después de su fracaso de Neuhoof, Pestalozzi tuvo que marcharse sucesivamente de Stans, de Burgdorf y de Yverdon.

La escuela de reeducación que existe hoy en Neuhoof es muy superior, tanto desde el punto de vista agrícola como desde el pedagógico, a todo lo que había habido allí en tiempos de Pestalozzi. E incluso durante su vida, Wehrli, en Hofwil, y el padre Girard, en Friburgo, realizaron mucho mejor que Pestalozzi algunas de las ideas que a éste le eran caras. ¿Por qué entonces bautizamos con su nombre esos pueblos del siglo xx?

Pestalozzi nos interesa por la abnegación con que se consagró a los niños anormales y tullidos. Rousseau, a quien él admiraba tanto, escribió en «Emilio»: «Yo no me encargaría de un alumno enfermizo y cacoquímico aunque hubiera de vivir ochenta años. ¿Qué haría yo prodigándole cuidados en vano, sino duplicar la pérdida de la sociedad y privarla de dos hombres, en vez de uno?» En cuanto a Pestalozzi, cuando le nace un hijo, lo cría con escaso buen sentido y, sobre todo, sin tener en cuenta las recomendaciones de Rousseau. Con interés apasionado, anota sus observaciones. De ellas se deduce que Jaqueli no es un niño normal: a los once años no sabe leer ni escribir; no tiene éxito en sus estudios ni en su aprendizaje; se le ha diagnosticado una epilepsia leve. Pero, por eso mismo, el amor de su padre no hace sino aumentar y multiplicarse. Cuando recoge en Neuhoof a los niños pobres no se detiene ante la anormalidad intelectual, moral, ni social. La mayor parte de los que acoge son de los que hoy llamaríamos difíciles o atrasados mentales. Examinando las notas tomadas por él sobre los treinta y siete alumnos que tenía en su casa en 1778, se observa que el número de los anormales en inteligencia es igual al de los que a ese respecto parecen normales.

«Colocar al abrigo de la miseria a los niños de la clase más baja de la Humanidad», he ahí, pues, su programa. Ese programa es exclusivamente suyo y lo seguirá siendo a través de

todos los triunfos del Instituto de Yverdon. Ahora bien—hay que convenir en ello—, la inspiración es admirable, pero los resultados no fueron muy convincentes. En los métodos empleados por Pestalozzi no hay nada que pueda compararse con los que utilizaba, unos doce años más tarde, para la educación del salvaje de Aveyron el médico de París Itard, y en que se han inspirado hasta nuestros días la señora Montessori y la señorita Descoedres.

No; lo que dió su reputación a Pestalozzi no fueron sus éxitos y sus métodos en favor de los anormales.

Son, se dirá, sus métodos pedagógicos.

Pestalozzi no era un hombre sobresaliente en la práctica: los testimonios sobre ese particular son indiscutibles. Pero tuvo, para la educación del pueblo, dos grandes ideas.

La primera, que lanzó en la segunda parte de su novela «Leonardo y Gertrudis» (Lienhard und Gertrud, 1781), es la de la «Arbeitsschule» (entendida de manera enteramente diferente a como lo hizo Kerschensteiner cuando volvió a usar esa palabra ciento cincuenta años más tarde). Pestalozzi recomienda que en la enseñanza del pueblo se asocie constantemente el trabajo manual lucrativo (la rueca y el telar) con el aprendizaje de la lectura, de la escritura y del cálculo.

La segunda idea, a la que consagra, después de sus primeros ensayos en Burgdorf, en 1800, el libro que titula «Cómo enseña Gertrudis a sus hijos» (Wie Gertrud ihre Kinder lehrt), es la de la «Instrucción elemental» (Elementarbildung); si nos remontamos hasta los elementos de los conocimientos que se trata de inculcar al niño, y si, partiendo de esos elementos, se sigue una graduación bastante metódica, se llegará a redactar libros de escuela tales, que el maestro más ignorante o la más humilde de las madres lo podrán utilizar con igual éxito que los más doctos.

Indudablemente, una y otra idea merecían se fijase en ellas la atención. Pero «el siglo de la escuela» (el XIX) no las ha realizado con suficiente entusiasmo para que veamos hoy en ellas un gran título de gloria de Pestalozzi.

En efecto, la primera de esas ideas—lo que a comienzos del siglo XIX se llamaba «la escuela industrial»—no ha tenido éxito duradero, aparte las magníficas realizaciones de Fellenberg en Hofwil. Es interesante ver cómo Gandhi vuelve a descubrir, en cierto modo, la misma idea, en 1937, en las Indias, al lanzar su programa de Warda en condiciones sociales y económicas que no dejan de tener analogía con las reinantes en Suiza a fines del siglo XVIII. Pero hay que convenir en que la escuela

primaria del siglo XIX no tomó por modelo la clase de Glülphi, en Bonnal. El mismo Pestalozzi se dió cuenta, ya en Stans, en 1799, de que su idea era impracticable. En cuanto al método propiamente dicho de Pestalozzi, casi nos atreveríamos a decir que su éxito en el siglo XIX ha sido excesivo. «Señor Pestalozzi, usted quiere mecanizar la educación»; uno de sus visitantes de Berthoud lo juzgaba en esos términos, cuya verdad no puede negar el formalismo—digámoslo claramente: la pedantería—de Herbart y de los pedagogos que le imitan. Para nosotros, que, al fin, gracias a Claparède, hemos comprendido mejor a Rousseau y los principios de una educación inspirada en las necesidades e intereses del alumno, el método por el cual instruye a sus niños Gertrudis, en 1801, es mucho más atrasado que el que Juan Jacobo proponía para instruir a Emilio en 1762. De éste, mucho más que de aquél, nos declaramos partidarios. En el mundo entero, las silabas sin significación, tan metódicamente combinadas en Berthoud, se quedan atrás, si se las compara con el «método global», que es su negación. Y las ingeniosas «graduaciones» que miss Parkhurst y Carleton Washburne establecieron para sus programas de Dalton y de Winnetka, no nos parecen deber gran cosa a Pestalozzi; más bien nos permiten volver a encontrar ciertos méritos olvidados de Láncaster y, entre nosotros, del padre Girard.

No cabe duda de que Pestalozzi se equivocó completamente en su juicio de aquella época. La lectura del siguiente pasaje nos hace sonreír: «Si mi vida tiene un valor, es el de haber hecho del cuadrado el fundamento de una doctrina de la intuición que el pueblo no tenía todavía.»

No, no es, en modo alguno, en el descubrimiento de los elementos que pueden servir de base a la intuición donde radica la magnitud de la figura de Pestalozzi; no es, en modo alguno, por el lugar que reservó al cuadrado entre los cuadros suspendidos en su clase por lo que hoy damos su nombre al pueblo de Trogen.

Debemos penetrar en algo más profundo, en una convicción fundamental que constituye el punto de partida de sus dos grandes teorías. El ideal de la escuela-taller y el de la enseñanza «partiendo de los elementos» tienen de común una sola idea: el papel que la madre de familia está llamada a desempeñar en la instrucción de sus hijos y en su educación. No se trata de transformar en taller una sala de escuela, como hoy podríamos tener la tentación de hacerlo; se trata de que el «Wohnstube», el cuarto de estar, la pieza donde la madre de familia se dedica a las labores de hilar y tejer a domicilio, se convierta en un

lugar donde enseñe a sus hijos a leer, a escribir y a contar. Y, por otra parte, si Pestalozzi busca con tanto ardor los primeros elementos del saber, es que quiere poner a la madre de familia en condiciones de enseñar ella misma a sus pequeños.

Para Pestalozzi, toda la educación está basada en el instinto materno, en esa relación de padres a hijos y de hijos a padres. que es, a su juicio, la más inmediata de todas, la relación humana primordial.

Pestalozzi es el hombre que tuvo, como nadie la había tenido antes que él, la revelación de lo que significa el amor de la madre por su hijo y el amor que el hijo devuelve a su madre. Leed el capítulo XIII de «Cómo Gertrudis enseña a sus hijos». Hallaréis en él una escena del niño dormido en el regazo materno: ésa es la explicación de toda la personalidad de Pestalozzi.

El espectáculo que tenía diariamente ante sus ojos en NeuhoF durante los años que siguieron al nacimiento de su hijo (1770), inspiró toda su vida, desde su primera tentativa de recoger a los niños abandonados (1774); ese espectáculo hizo florecer su talento literario y dió entrada al niño pequeño en la literatura universal, donde nadie antes de él le había reservado un sitio (1781); ese espectáculo le proporcionó, hasta la Revolución, su doctrina política. Unos veinte años más tarde, cuando su nieto huérfano va a vivir bajo su techo, se impone de nuevo a él la misma visión, y de ella saca una interpretación de la infancia, una concepción de los orígenes y de la naturaleza de la moral y de la religión, desenvolvimiento del sentimiento filial—una afirmación de lo que es esencial en la educación—: «la formación de nuestra raza en el amor» (Die Bildung unseres Geschlechtes zur Liebe).

El amor, finalidad y medio.

«Oh Dios, creador mio, consérvame la única fuerza que me has dado; conserva en mí el amor», exclamó en Yverdon el día de Año Nuevo de 1809.

Y—conviene subrayarlo especialmente en nuestro contexto, en que se trata, como en NeuhoF, de niños huérfanos—Pestalozzi ve esos milagros del amor con los ojos de la fe, más bien que en sus recuerdos personales. No es a su madre—a lo que parece—a quien debieron, ni él ni su hermano menor, Jacques, lo mejor de su educación. En una y otra familia, la abnegación materna encarnó sobre todo en una sirvienta: allí Babeli Schmid, aquí Lisbeth Naef. De esta última escribía Pestalozzi: «Me agitaré en mi tumba, y no sería dichoso en el cielo si no supiera que, después de mi muerte, se le hará más honor que a

mí mismo». Toda mujer tiene un corazón de madre. Los niños de los «Pueblos Pestalozzi» se darán cuenta también.

Y ya estamos al cabo de nuestra tarea. He ahí en qué consiste la grandeza de Pestalozzi; he ahí por qué su nombre es un programa. Es esa visión del niño que ama y que hace progresos por el amor de que es objeto: eso es lo que reunió alrededor de Pestalozzi, en Burgdorf y en Yverdon, a todos aquellos que sentían la hermosura de tal visión.

Nosotros también, como ellos, hemos pasado por trastornos y guerras. Quizá estemos mejor preparados que ellos para sentir la urgencia y el esplendor de esa definición, de ese programa de la educación: «Die Bildung unseres Geschlechtes zur Liebe.» Ojalá que los «Pueblos Pestalozzi» puedan ser verdaderamente, a través del mundo entero, pueblos que reflejen lo que sentía el corazón de Pestalozzi.

PIERRE BOVET.